

JACQUELINE WINSPEAR

# UNA VENGANZA IMPERFECTA



Una investigación de  
**MAISIE DOBBS**

*Traducción:*  
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Dedicada a mis padres,  
Albert y Joyce Winspear,  
con todo mi amor*

«De todos los regalos que una persona  
puede hacerle a otra, los más valiosos y duraderos  
son el amor fuerte y transparente, y el regalo de narrar.»

*The Gift of Story: A Wise Tale About What is Enough*

CLARISSA PINKOLA ESTÉS

«Cuando se ofende a un hombre, debe hacerse  
de modo que le sea imposible la venganza.»

NICOLÁS MAQUIAVELO, (1469-1527)

«No hay venganza más perfecta que el perdón.»

JOSH BILLINGS, humorista estadounidense (1818-1885)

# Prólogo

Principios de septiembre, 1931

LA ANCIANA DESCANSABA en los escalones de entrada a su casa, un carromato-caravana apartado de los que ocupaba el resto de su familia, su tribu. Sacó una pipa de barro del bolsillo, inspeccionó los restos de tabaco que quedaban en la pequeña cazoleta, se encogió de hombros y encendió una cerilla frotándola contra el borde de un tonel de agua sujeto con una cuerda a un lateral de su hogar itinerante. Encendió la pipa con habilidad presionando el extremo de la larga boquilla con los labios estriados, y absorbió el sabor del escaso contenido que quedaba. Un perro parecía dormir tumbado al pie de los escalones, aunque la anciana sabía que el animal tenía una oreja levantada y un ojo abierto, atento a todo lo que hacía ella.

La tía Beulah Webb, como la llamaban en su tribu gitana, donde la costumbre era llamar «tía» a las mujeres importantes, aspiró una calada y entrecerró los ojos mientras observaba los campos cercanos, y después dirigió la mirada hacia las plantaciones de lúpulo que se extendían a lo lejos. Los tallos ya habían crecido, hileras e hileras de espigas de flores de color verde oscuro y aroma especiado a la espera de la cosecha, que llevaban a cabo con manos ágiles hombres, mujeres y niños, la mayoría de ellos llegados de Londres para la recogida a finales de verano. Otros eran gitanos como ella, y el resto, payos de los pueblos circundantes. Payos. Más gente que vivía en casas fijas, más gente que no era gitana.

Se mantenían apartados, ocupándose de sus asuntos sin crear problemas. La tía Beulah confiaba en que las familias de

mercheros no se acercaran por la granja ese año. Los *roma* —palabra romaní que significa «gitano»— se fiarían de cualquiera antes que de un mestizo, mitad gitano, mitad payo. En su opinión, eran ellos los que siempre andaban buscando problemas, esperando con impaciencia a que se produjeran. Se les estaban olvidando las viejas costumbres y algunos de ellos dejaban basura y restos tras de sí cuando abandonaban un lugar, en esos carromatos-caravana tirados por enormes camiones en vez de por caballos. La mujer miró el carromato del hombre al que ella llamaba simplemente Webb. Su hijo. La hija de su hijo, Boosul, era merchera, esa era la verdad, pero con el pelo y los ojos negros como el azabache que tenía, era evidente que pesaba más su herencia gitana.

Beulah sacó cuatro recipientes de hojalata de debajo del carromato, el *runcalí* en la lengua gitana, para realizar las tareas de la mañana. Uno de los recipientes era para fregar los utensilios que usaba para comer, otro para lavar la ropa, el tercero para el agua con que se lavaba el cuerpo y, por último, el que utilizaba para limpiar el carromato. Tras completar aquellas tareas e ir a buscar leña al bosque para hacer fuego y calentar el agua, puso el hervidor esmaltado sobre las ascuas y esperó a que hirviera para el té. Inquieta cuando no tenía nada que hacer, Beulah empezó a atar con un cordón los ramilletes de flores que vendía por las casas, los colocó en una cesta y volvió a subirse al carromato.

Sabía que los payos del pueblo, los que salían de casa para hacer recados, se darían media vuelta cuando la vieran por la calle para evitar sus ojos negros y su piel oscura arrugada por los años. Apartarían la vista para no quedarse mirando fijamente los aros de oro que llevaba en las orejas, el pañuelo alrededor de la cabeza, y la amplia y raída falda de lana morada que indicaba que era gitana. A veces, los niños se burlaban de ella.

—¿Adónde vas, trapacera? ¿Es que no oyes, gitana?

Pero lo único que tenía que hacer para que la dejaran en paz era mirarlos sin pestañear, señalarlos con el dedo ennegrecido de trajar con el fuego y emitir alguna palabra en su dialecto

surgida de lo más hondo de su garganta; sonidos guturales que asustaban incluso al matón más valiente.

Las mujeres eran las primeras que se daban la vuelta, aunque siempre había alguna, las suficientes para que le mereciera la pena aguantarlo, que aceptaban las flores y le daban enseguida una moneda tratando de no rozarle la mano. Beulah sonrió. Pronto las vería. Al anochecer oiría el chasquido de una rama bajo los pies de un visitante que se acercaba sigilosamente a su carromato. El perro levantaría la cabeza y de su garganta brotaría un gruñido insondable. Beulah alargaría el brazo y le pondría la mano en la cabeza susurrando: «Calla, *chuquel*.» Esperaría a que los pasos se acercaran más y ya no pudiera sujetar al animal, y entonces gritaría: «¿Quién va?». Y, tras uno o dos segundos una voz, tímida a veces, contestaría: «Vengo a que me echen la buenaventura».

Beulah sonreiría mientras descubría una bola de cristal que había dejado preparada sobre la mesa un rato antes.

La bola de cristal no servía para nada, pero era lo que se esperaba de ella. Puede que no fuera una mujer letrada, pero conocía el negocio. No le hacían falta bolas de cristal, trozos de amatista, hojas del té aún húmedas en el fondo de una taza o una pata de conejo para ver el futuro. No, esas tontunas eran para los clientes, para aquellos que querían verla utilizar algo físico porque la idea de que pudiera adivinar el futuro como por arte de magia los ahuyentaría. Y no había que espantar al dinero.

Beulah escuchó un chillido procedente de la tienda instalada junto al carromato de su hijo; la pequeña Boosul acababa de despertarse. La gente empezaba a removerse y a encender el fuego para iniciar el día. Los verdaderos gitanos nunca dormían dentro de sus impolutos carrromatos, decorados con relucientes utensilios de latón y delicada porcelana en las paredes. Al igual que ella, vivían en tiendas hechas con una lona resistente amarrada a una estructura de madera de abedul o fresno. Los carrromatos los reservaban para las ocasiones especiales. Beulah observó el sol naciente y volvió a mirar hacia los campos mientras la

neblina húmeda del rocío que iba entibiándose se levantaba para saludar al nuevo día. A ella le daba igual la gente de aquel pueblo, Heronsdene. Veía la oscura sombra que envolvía a cada hombre y cada mujer mientras se entregaban a sus tareas diarias. Había fantasmas en aquel pueblo, fantasmas que no dejaban descansar a los vecinos.

LA ANCIANA ALARGÓ la mano para verter el agua hirviendo en la tetera, y el rostro se le arrugó como un acordeón al sentir el dolor punzante y la luz cegadora que le sobrevinieron, una sensación que conocía de sobra. Volvió a dejar el hervidor entre las ascuas y se apretó fuerte la cabeza con los nudillos mientras cerraba los ojos para protegerse de las llamaradas que se elevaban por debajo de sus párpados. «Fuego. Otra vez.» Intentó respirar mientras el calor le subía por los pies hasta la cintura, humedeciéndole las viejas piernas; sentía las manos sudorosas y agarrotadas.

Y ahí estaba de nuevo, la joven que emergía de entre las llamas; aún no la conocía, pero sabía que no tardaría en hacerlo. Ya no faltaba mucho. Se acercaba el momento, estaba segura. Era una mujer alta y bien vestida, con el pelo negro, no muy largo, pero tampoco tan corto como había visto que lo llevaban algunas payas en los últimos años. Beulah se apoyó contra el carromato y el perro se colocó junto a su ama, ofreciéndole su flaco cuerpo a modo de sostén. Aquella mujer que caminaba entre las llamas de su imaginación sabía lo que era la pena, había convivido con la muerte. Y aunque en ese momento caminaba sola, la tristeza comenzaba a aligerarse. Beulah la veía disiparse como las nubes de la mañana, alejarse para dejarla en paz. Aquella mujer que se le aparecía en sueños era fuerte y... Beulah negó con la cabeza. La visión comenzó a desvanecerse. La mujer se dio la vuelta, se internó de nuevo en las llamas y desapareció.

La matriarca se llevó una mano a la frente sin apartarse del carromato. Abrió los ojos despacio y miró a su alrededor. Habían

sido solo unos segundos, pero le habían bastado para saber que se avecinaban problemas para ella. Creía que la mujer, a la que esperaba, sería su aliada, aunque no podía decirlo con seguridad. De lo que sí estaba segura era de tres cosas: que el fin de sus días estaba cerca, que antes de que exhalara su último suspiro una mujer a la que no había visto jamás acudiría a ella y que, pese a que esa mujer se consideraba una persona normal y corriente, intrascendente en el ancho mundo, seguía a la muerte en sus rondas. En eso consistía su profesión, su trabajo, la herencia recibida de payos y gitanos. Y Beulah Webb sabía que allí, en ese pueblo llamado Heronsdene, recibirían la visita de la muerte sin tardar mucho, y poco podía hacer ella para evitarlo. Lo único que estaba en su mano era tratar de proteger a su gente por todos los medios.

El sol estaba alto ya. Los gitanos se quedarían allí tres días más y después se dirigirían hacia un claro apartado de la granja, donde aparcarían sus carromatos e instalarían sus tiendas lejos de los londinenses que acudían a trabajar también en la recogida del lúpulo, pero se alojaban en cabañas encaladas y cantaban canciones subidas de tono alrededor del fuego todas las noches. Y, aunque siguiera ocupándose de sus asuntos, Beulah estaría esperando: esperando a la mujer de la ropa moderna y el pelo arreglado; a la mujer cuya visión interior era tan potente como la suya.



# 1

MARTA JONES OBSERVÓ a sus alumnos. Contempló el estudio de altos techos y la enorme cantidad de madejas de hilados de colores que colgaban de unos tendederos levantados con ayuda de unas poleas y fijados a la pared, y los seis telares de madera colocados muy juntos entre sí, ya que el espacio se vendía caro. Su escritorio, una mesa de madera de roble muy castigada situada junto a la puerta, estaba lleno de papeles, libros y dibujos, y a su derecha, frente a la clase, había una *chaise longue* antigua cubierta con una vieja colcha de terciopelo rojo para ocultar los zurcidos y los desgarrones de la tapicería. Había varias ruelas colocadas contra la pared de la izquierda de la estancia, junto a una caja en la que guardaba la lana que recogía en sus excursiones al campo de los domingos. Compraba la lana sin tratar directamente con sus proveedores, por supuesto, pero le gustaba recoger los mechones que se les enganchaban a las ovejas en los espinos y las zarzas cuando se pegaban a ellos para rascarse, y en los que dejaban buena parte de su pelaje.

Se había mostrado reticente a aceptar alumnos. Aunque el alquiler del estudio cerca del Royal Albert Hall era bastante económico gracias a una antigua ley de arrendamiento que amparaba a los artistas, los encargos habían disminuido, por lo que se había visto obligada a buscar ingresos adicionales. Así las cosas, había puesto un breve anuncio en el periódico y había escrito a los clientes que le habían comprado alguna pieza para decirles que estaba aceptando un «pequeño número de alumnos que quisiera aprender el arte del tapiz tradicional». En general,

su alumnado formaba un grupo abigarrado y pudiente, eso seguro; la clase obrera apenas tenía para comer, como para gastar dinero en frivolidades. Había dos damas de Belgravia a las que les había parecido que podría «ser divertido» dedicar la tarde del sábado a charlar, mientras pasaban la lanzadera hacia delante y hacia atrás siguiendo el dibujo que tenían debajo del conjunto de hilos que formaban la urdimbre y la trama del tejido.

Se habían apuntado también dos amigas con recursos que estudiaban en la Escuela de Bellas Artes Slade y buscaban una clase que se saliera del currículo establecido, y un poeta que pensaba que trabajar con el color mejoraría el ritmo y el pulso de su poesía. Y por último estaba la mujer poco habladora, que había acudido al estudio después de leer el anuncio. Observándola con detenimiento, Marta se sintió fascinada con aquella alumna en particular, y se fijó en los cambios que se habían operado en ella desde el comienzo de las clases. La mujer le había explicado que acababa de entrar en contacto con el mundo del arte —lo había dicho como quien habla de un país desconocido—, y que quería hacer «algo artístico», ya que su trabajo estaba muy lejos de tales placeres. Después sonrió y explicó que jamás había pintado, ni siquiera de pequeña, y que estaba segura de que no sabría dibujar, pero los tapices le parecían interesantes, le atraía la posibilidad de intercalar color y textura, un arte en el que la imagen final no se veía de inmediato, sino que había que echarse hacia atrás un poco para observar los avances del día y que la imagen comenzara a tomar forma. «Es un poco como pasa en mi trabajo», había dicho. Y cuando ella, Marta, le había preguntado a qué se dedicaba, la mujer había guardado silencio un momento y seguidamente le había entregado una tarjeta en la que se leía:

**Maisie Dobbs**  
Psicóloga e investigadora

Marta se dio cuenta de que la tarde que dedicaba aquella mujer a trabajar con el telar era el único momento de distracción

que se permitía, pero con cada clase, algo en ella parecía cambiar de manera casi imperceptible. Aunque para Marta, como profesora, el efecto le resultaba extraordinario. Había empezado a vestir ropa más colorida y se mostraba más atrevida en la manera de combinar los hilos a medida que ganaba confianza. La tarde que tocó teñir la lana que habían hilado la semana anterior al introducir las madejas en cubos de tinte y ponerlas después a escurrir sobre los lavaderos que había dentro del propio estudio, la joven se remangó y se rio cuando el agua coloreada le salpicó en la cara. Las damas de Belgravia la miraban con el ceño fruncido y el poeta parecía azorado, pero la mujer, que tan reticente se había mostrado al principio, tan pausada y comedida en sus interacciones con sus compañeros, se había convertido en el eje alrededor del cual giraba toda la clase, y sin apenas decir nada.

Marta pensaba también que se le daba muy bien dibujar historias. Esa misma tarde, con solo dos preguntas que le había hecho mientras trabajaba en su telar, pasando hilos de color morado, magenta y amarillo con sus ágiles dedos, había reconstruido la historia completa de la profesora, que había llegado a Inglaterra desde Polonia cuando era niña. De hecho, al responder a las preguntas que Maisie Dobbs le hacía, el resto de la clase se enteró de que su padre había insistido en que sus hijos aprendieran inglés para poder encajar en la sociedad y que no los señalaran por ser extranjeros. Su madre, por su parte, se había asegurado de que la familia se vistiera de modo que no destacara entre sus nuevos amigos, para quienes eran los Jones, el más británico de los apellidos, adoptado nada más desembarcar en el puerto de Southampton.

Marta sonrió mientras observaba a Maisie en su telar y cogió la tarjeta de nuevo. Psicóloga e investigadora. Era evidente que aquella mujer debía de ser muy buena en su trabajo si, sin ningún esfuerzo, había conseguido que seis personas le contaran más cosas sobre su vida de lo que jamás se les habría ocurrido,

y todo ello sin revelar gran cosa sobre sí misma, más allá de su reciente atracción por el color.

JAMES COMPTON CAMINABA a buen paso hacia el Albert Hall aprovechando la cálida tarde de septiembre. Como habría dicho su colega y mano derecha de la oficina de Toronto, estaba que echaba humo por culpa de una compra de terreno que estaba causándole muchos problemas. Le daba igual estar de nuevo en Londres, por muy prometedor que le hubiera parecido la idea en un principio. Pero la mansión que su familia tenía en Ebury Place estaba cerrada, y alojarse en el club de su padre y pasar todas las noches entre viejos rancios que se empeñaban en relatar historias de desastres económicos y revivir recuerdos empezando con la frase «en mis tiempos...» no se correspondía con su idea de pasárselo bien.

La vida en Toronto no era solo cerveza y jugar a los bolos, por supuesto; a fin de cuentas, tenía una empresa con diversas áreas de negocio que dirigir, pero siempre se podía ir a navegar al lago y a esquiar a Vermont, al otro lado de la frontera. Y el frío allí era diferente, no le atravesaba las heridas de guerra como en Inglaterra.

Se acordó de los hombres que había visto en las oficinas de empleo, en los comedores sociales o, simplemente, recorriendo Londres de cabo a rabo en busca de trabajo, cojeando muchos de ellos, con heridas que les removían los recuerdos cada día, como quien se levanta una costra que aún no está seca.

Pero Toronto tendría que esperar un poco más. Lord Julian Compton, su padre, quería descargar más responsabilidad en él, y ya hablaba de que James lo sustituyera como presidente de Compton Corporation. Y eso no era lo único que le preocupaba, pensó mientras leía la dirección garabateada en un papel tras hablar aquella misma mañana con Maisie Dobbs. Su madre, la antigua empleadora y benefactora de Maisie durante muchos años, siempre había animado a su marido y a su hijo a que

contaran con la investigadora en cualquier asunto que pudiera ser adecuado para ella, por lo que fue la primera persona a la que llamó ante el primer indicio de problemas con la transacción inmobiliaria.

—¡Maldita sea! —dijo James al pensar de nuevo en la oficina de su padre, en la City londinense.

—¡James!

Levantó la cabeza con el ceño fruncido. Pero enseguida sonrió y se le formaron unas arruguitas en las comisuras de los ojos al ver que era Maisie quien le hacía gestos con el brazo desde el otro lado de la calle. Arrugó el papelito y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta mientras cruzaba para saludarla.

—Pero ¡si es Maisie Dobbs! ¡Estaba tan abstraído que no te había visto! —Hizo una pausa cuando ella le tendió la mano—. ¿Qué diantres has estado haciendo, Maisie?

Ella se miró las manos y sacó los guantes del bolso que llevaba colgado al hombro.

—Es tinte. No he sido capaz de quitarme la mancha de las manos y tendría que haberme puesto los guantes nada más salir, aunque tampoco puedo hacer mucho con las salpicaduras de la cara hasta que llegue a casa. —Miró a los ojos al hijo de sus antiguos empleadores y enlazó el brazo con el suyo—. ¿Cómo estás, James?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, ya no voy a casarme, eso es nuevo para ti. Y, como ya sabes, he venido a Inglaterra por negocios: la obligación me llama en la oficina londinense de Compton Corporation. —Consultó la hora—. Oye, Maisie, ya sé que te dije que esto no me iba a llevar más de lo que tarda uno en tomarse una taza de té, pero me muero de hambre y me preguntaba si no tendrías un hueco para cenar conmigo. Llevo dándole vueltas a este follón...

—¿Follón?

—Disculpa, olvidaba dónde estoy. Empezaré de nuevo. Estoy tan enfrascado, y preocupado, sinceramente, en esa transacción de la que te hablé que no he comido nada en todo el día.

—Entonces será mejor que le pongamos remedio, ¿no crees? Yo también tengo hambre.

James se giró y paró un taxi.

—Vamos a un restaurante italiano pequeño y acogedor que conozco. Está a la vuelta de la esquina, en Exhibition Row.

—ESTÁS DIFERENTE, MAISIE. —James alcanzó un panecillo, lo abrió y untó una buena capa de mantequilla sobre él.

—Es por el tinte —respondió ella levantando la mirada de la carta con una gran sonrisa—. Tú no has cambiado nada, James.

—Bueno, ya no soy tan rubio; han empezado a salirme canas en las sienes, pero gracias a Dios no se notan mucho. Si sigo caminando tan erguido como mi padre cuando llegue a su edad podré darme con un canto en los dientes —contestó él sirviéndose vino, y se reclinó en la silla—. Tú pareces más... no sé, te veo... más ligera.

—Te aseguro que no es así.

—No, no me refiero a eso. Es tu actitud. Me da la impresión de que te sientes más ligera por dentro, como diría la señora Crawford.

La miró. Contempló su melena negra justo por encima de los hombros, paralela a la línea de la mandíbula, y el flequillo, que le rozaba las cejas negras y parecía acentuar aún más el azul violáceo de sus ojos. Vestía una falda de cheviot de un color morado intenso que le llegaba a media pierna, blusa roja y chaqueta azul, que se notaba que no era nueva, pero estaba bien cuidada, hasta medio muslo. Llevaba unos sencillos zapatos negros de piel con una tira que se abrochaba a un lado con un botón. Completaba el atuendo un reloj de enfermera de plata prendido en la solapa.

—Ay, la señora Crawford. ¿Quién te va a dar galletas de jengibre ahora que tu cocinera favorita se ha jubilado?

James se rio y estuvieron hablando unos minutos sobre el pasado, sin rehuir la pérdida de Enid, la compañera que había

trabajado con Maisie en casa de los Compton tantos años atrás; James y Enid se habían enamorado, pero ella falleció en una explosión en la fábrica de munición en la que había empezado a trabajar en 1915.

—Y dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Maisie mirando la hora al tiempo que dirigía la conversación hacia el motivo de su encuentro. No quería llegar demasiado tarde a su piso de Pimlico, ya que aún le quedaba trabajo por hacer.

Mientras cenaban, James le describió la operación comercial que tantos problemas le estaba dando, pero que también le había supuesto la oportunidad de recurrir a ella.

—Hay una propiedad bastante grande en Kent que quiero comprar, a las afueras de un pueblo llamado Heronsdene. Se encuentra a unos quince kilómetros de Tumbidge Wells, no muy lejos de Chelstone, de hecho. Se parece bastante a muchas otras propiedades de la zona, ya sabes a lo que me refiero: una casa solariega de gran tamaño, de estilo georgiano en este caso, con agricultores arrendatarios que trabajan la tierra y tienen licencias de caza. Pero esta tiene algo que me interesa en particular: un ladrillar. Un pequeño negocio. Produce el tipo de ladrillos que se utilizan en esas casas tan distinguidas de estilo neotudor que están construyendo en las nuevas zonas residenciales a las afueras de Londres. Y fabrican también tejas como las que se ponían antiguamente en todos esos edificios que se ven por Kent y Sussex cuando había que hacer alguna reparación en un tejado.

Maisie dejó los cubiertos sobre el plato y cogió la servilleta.

—Y te interesan los ladrillos por el repunte que se está produciendo en la construcción, pese a que no hay indicios que señalen mejoras en la economía.

—Exacto. Ahora es el momento de comprar, de prepararse para ganar un dineral cuando recuperemos la estabilidad, antes incluso si mejora la producción. —James sacó una pitillera de plata del bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Te importa?

Maisie negó con la cabeza.

—De modo que a pesar de las presiones que está recibiendo Ramsay MacDonald para formar un gobierno de unidad nacional que nos ayude a salir de esta —continuó James—, y a los rumores fundados de que Gran Bretaña abandonará el patrón oro cualquier día de estos, sigue habiendo cabida para el optimismo... Y yo quiero adelantarme.

—Entonces, ¿qué te detiene y cómo puedo ayudarte? —le preguntó Maisie, que agitó la mano delante de la cara con toda la diplomacia que pudo para apartar el humo del cigarrillo.

—Tengo dudas sobre el propietario, un hombre llamado Alfred Sandermere. Es el hijo pequeño, pero heredó la finca cuando su hermano, Henry, murió en la guerra. Yo conocí a Henry, por cierto, un buen tipo, un hombre excelente, mientras que el hermano no ha hecho más que gastarse el dinero que genera la finca hasta dejarla al borde de la quiebra, lo que por supuesto significa que voy a sacarle una buena rentabilidad a la inversión. Es como una venta de liquidación por incendio.

—¿Y?

James Compton apagó el cigarrillo aplastándolo en el cenicero de cristal, y después lo apartó a un lado para que no molestara a Maisie.

—Han estado pasando cosas muy raras en esa finca y si hay algo que le gusta a Compton Corporation son las operaciones comerciales limpias. Puede que sepamos movernos con celeridad en circunstancias como estas, pero no nos ensuciamos las manos.

—¿Y qué es lo que ha estado pasando?

—Sobre todo faltas leves, según parece. Actos de vandalismo en la casa y la fábrica de ladrillos. Los agricultores no han denunciado nada, y los habitantes del pueblo, muchos de los cuales trabajadores de la fábrica, no dicen ni una palabra sobre el tema.

Maisie frunció el ceño.

—Eso no es extraño. Estamos hablando de una zona rural como es Kent, no lo olvides.



—No, esto es diferente. Los del pueblo guardan silencio, nadie quiere señalar a nadie. Y ya sabes que eso sí es extraño, sobre todo teniendo en cuenta que hay mercheros en la zona.

—¿Mercheros o gitanos? No es lo mismo, James.

—Está bien, gente que viaja en caravanas. Me da igual lo que sean; los del pueblo enseguida les echan la culpa de todo, o a ellos, o a los temporeros que viajan desde Londres.

Maisie comprendió y asintió con la cabeza.

—¿Te refieres a los que van a la recogida del lúpulo?

—El año pasado sí. Claro que la policía de Tumberidge Wells no pudo hacer casi nada; suelen dejar que esas cosas sigan pasando en los pueblos. Tampoco es que fueran unos daños permanentes. Pero no me gusta lo que me cuentan, Maisie. Si seguimos adelante, tengo que estar seguro de que la fábrica va a rendir al máximo desde el primer día. Continuaremos la expansión desde ahí. Y, teniendo en cuenta la dependencia de mano de obra local, es primordial que exista buena voluntad y no haya vandalismo. Seguirá habiendo arrendatarios, por supuesto, no tengo intención de cambiar eso.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que investigues el asunto, que averigües si hay algo raro en el pueblo que pueda afectar a nuestra compra de la finca Sandermere. Tienes tres semanas, puede que un mes, para recopilar todos los datos y hacerme un informe. Ese es todo el plazo que tengo, que no es mucho en lo que respecta a una propiedad de este tipo. —Se sirvió más vino y dejó la botella en la mesa. Maisie negó con la cabeza y tapó el borde de su copa con la mano—. Sé que no es el tipo de caso al que estás acostumbrada, pero eres la primera persona que me ha venido a la cabeza.

Ella asintió y se llevó la copa de vino a los labios. Bebió un sorbo y después la dejó en la mesa mientras metía la otra mano en el bolso y sacaba una libreta. Anotó varias cosas y, tras rodear con un círculo un número, arrancó la hoja y se la entregó a su acompañante.

—Supongo que mi tarifa te parecerá aceptable.

Era más una afirmación que una pregunta.

James Compton sonrió.

—Esa es otra cosa que ha cambiado, señorita Maisie Dobbs. Creo que te has convertido en una astuta mujer de negocios.

Maisie ladeó la cabeza mientras James sacaba un talonario de cheques del bolsillo.

—Un anticipo para los gastos —dijo él escribiendo una cantidad en el cheque, que entregó a Maisie—. Te va a costar lo tuyo. La recogida del lúpulo está a punto de empezar y la zona está a rebosar de forasteros.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces es el momento perfecto, James, el momento perfecto. Tendrás tu informe listo en un mes como máximo.

MÁS TARDE, EN SU piso de Pimlico, Maisie observó el cheque sentada en su sillón favorito y suspiró aliviada. El negocio seguía funcionando, pero no con tan buen ritmo como antes. Apenas había tenido trabajo durante el verano y agradecía que su ayudante, Billy Beale, tuviera intención de tomarse dos semanas de vacaciones para ir a recoger lúpulo él también. Al fin y al cabo, era una tradición entre los habitantes del East End londinense. Ella no tendría que pagarle el sueldo esas dos semanas, pero Billy ganaría dinero, y le sentaría bien alejarse de la ciudad y pasar unos días en el campo con su mujer y los niños. Les hacía falta, ya que la familia seguía llorando la pérdida de la pequeña Lizzie, que había muerto de difteria a principios de año. Desde luego, James había llegado en el momento oportuno; era la respuesta a sus plegarias. De hecho, una de las razones por las que se había permitido el capricho de ir a las clases de Marta Jones era para hacer algo diferente y dejar de preocuparse por la falta de clientela. Para equilibrar el gasto había decidido reducir el uso del coche, consciente de que la frugalidad era importante en esos tiempos inciertos. Y también tenía que pensar en la hipoteca del piso.

Sin embargo, a pesar de las presiones de ser propietaria única, Maisie sabía que la niebla oscura de su pasado empezaba a levantarse. Eso no quería decir que lo hubiera olvidado, ni que se hubieran acabado las pesadillas, ni que hubiera dejado de ver escenas de la guerra con toda nitidez cada vez que cerraba los ojos, pero desde hace tiempo sentía que pisaba un terreno más firme en vez de estar a merced de las arenas movedizas de los recuerdos.

Miró el reloj, observó la carpeta que tenía en las rodillas y decidió que era hora de irse a la cama. Al alargar la mano hacia el cordón para bajar las persianas venecianas se acordó de un sueño que había tenido dos veces esa semana. Siempre prestaba atención a los sueños que se repetían en más de dos ocasiones, y aunque no era un sueño aterrador, pensó en él preguntándose qué podría significar. En el sueño caminaba por un bosque y llegaba a un claro bañado por la luz que se colaba entre las ramas. Al entrar en el claro, veía restos de brasas de un fuego, pero allí no había nadie, ningún viajero ni vagabundo preparándose para pasar la noche. Lo único que se veía era un ramillete de margaritas de otoño a un lado de la hoguera, encima de un árbol caído.

## 2

MAISIE DOBBS ESTABA sentada junto a Billy Beale en la mesa situada delante de las ventanas que abarcaban de suelo a techo en la oficina de Fitzroy Square. Habían hecho una pausa en la conversación mientras se intercambiaban documentos y una nota que les había entregado un mensajero procedente de la oficina de James Compton.

—Entonces lo que quiere que haga yo, señorita, es un reconocimiento del pueblo para hacerme una idea de la situación y contarle qué está pasando allí.

—Sí, para empezar. Encajarás a la perfección, puesto que eres uno más de los temporeros londinenses que han ido a la recogida del lúpulo.

—Todo eso está muy bien, pero nos quedaremos en la granja de un agricultor a unos kilómetros, no está en el pueblo. No puedes presentarte allí para trabajar en el lúpulo en la primera granja vieja que te encuentras, no funciona así.

Maisie se volvió hacia su ayudante.

—De acuerdo. ¿Me explicas cómo funciona?

Billy se inclinó hacia delante y empezó a garabatear un croquis a lo largo del pliego de papel que tenían sujeto a la mesa. Los pliegos eran restos que le sobraban a un pintor y decorador amigo de Billy a los que ellos daban la vuelta para emplear como base y sobre la que realizaban el mapa del caso de cada nuevo encargo, un diagrama creado con lapiceros de colores en el que incluían pistas, corazonadas y cualquier pequeño dato que pudiera

servirles para hacer avanzar la investigación. Hasta el momento, el pliego estaba sin tocar.

—Uno se apunta a trabajar en una granja en la que ya lo conocen, normalmente por haber participado en la recogida el año anterior. Mi familia lleva recogiendo lúpulo desde que mi abuelo era niño. El agricultor sabe qué familias quiere que regresen al año siguiente porque son buenos trabajadores. Después, en primavera o por ahí, recibes un sobre marrón con una carta en la que te confirman que vas a ir de tal a tal día para la recogida del lúpulo y que tienes tu caseta, en la que vivirás durante ese tiempo. De manera que, cuando uno sube al tren con toda la familia y los enseres que puedan necesitar, desde sábanas hasta el hervidor de agua de hojalata, sabe que ya tiene trabajo y un techo bajo el que vivir al llegar a destino.

Maisie guardó silencio un momento.

—¿Conoces a alguien que vaya a... —se detuvo a consultar sus notas— a la granja de Dickon, en la hacienda Sandermere? ¿No podrías intercambiar tu puesto con otra familia?

Billy negó con la cabeza.

—No, así de primeras no conozco a nadie. —Se frotó la barbilla en silencio—. Pero ¿sabe lo que voy a hacer? Hablaré con algunos de los que conozco, por si pudiera hacerse. Aunque no es lo normal. A los agricultores no les gusta que la gente ande cambiando el lugar que se le ha asignado.

—Eres un buen hombre —dijo Maisie sonriendo mientras alargaba la mano hacia una carpeta—. Anda, mira, con esto pasa como con la línea doce de autobús: siglos sin que pase uno y luego llegan tres seguidos. Las desgracias nunca vienen solas, ¡aunque ya era hora!

—¿Más trabajo?

—Sí. Ayer por la tarde vine a la oficina y había dos postales y un telegrama, todos ellos encargos de trabajo. Ya he concertado las citas correspondientes con los posibles nuevos clientes. No son asuntos importantes, pero es buena señal y significa que,

junto con mis clientes privados, es muy probable que tengamos trabajo hasta Navidad.

—Ha estado preocupada por eso, ¿verdad, señorita?

—Sí, un poco —respondió ella abriendo la carpeta del caso Compton de nuevo—. Tengo ganas de terminar la planificación de este caso, Billy, así que voy a decirte lo que quiero que hagas hoy, cuando termines con las notas del caso Jacobsen, para que pueda redactar el informe y la factura. Quiero que averigües lo antes posible si vas a poder quedarte en la hacienda Sandermere. —Hizo una pausa—. No dejaré que el caso te quite tiempo de tus vacaciones, y obviamente te pagaré por el trabajo que hagas mientras estés allí, así que asegúrate de llevar el registro de las horas. Quiero que me des tu impresión inicial de la situación sobre las dudas que me ha expuesto James Compton. Después querré verlo en persona. Iré a recoger lúpulo con tu familia si es necesario.

Bily se rio.

—No me cabe en la cabeza, señorita. Usted es una mujer de ciudad y nunca ha ido a recoger lúpulo a Kent.

En otro tiempo Maisie hubiera cortado de raíz esas libertades y no habría alentado contestaciones agudas como esa un lunes laborable por la mañana temprano, pero desde que conocía a Billy habían visto muchas cosas juntos, en especial en aquel primer y breve encuentro, el día que lo llevaron a la Estación de Evacuación de Heridos en la que trabajaba como enfermera en 1916. Entonces le salvó la vida el que había sido su primer amor, un joven médico militar llamado Simon Lynch, y el hombre que después se había convertido en su ayudante jamás olvidó a ninguno de los dos. Los caminos de Billy y Maisie volvieron a cruzarse cuando ella alquiló su oficina en Warren Street, donde él trabajaba como portero. La reconoció al instante. Tras ayudarla en un caso bastante importante, Maisie le pidió que fuera su ayudante, trabajo que aceptó agradecido. Ahora se sentían cómodos en su relación, y aunque Billy le hacía alguna que otra broma, nunca se tomaba demasiadas confianzas.

—No, nunca he ido a la recogida del lúpulo, Billy, pero mi padre sí lo hizo de niño. He visto las matas crecer, he visto a los hombres preparando los cordeles por los que trepan los brotes, y a las mujeres separando y entutorando los brotes alrededor de los cordeles a finales de la primavera. Pero en realidad no sé nada del negocio de la recogida del lúpulo. —Hizo una pausa al recordar algo—. En su lugar, nosotros pasábamos una semana en verano con los padres de mi madre, cuando vivían cerca de Marlow. El abuelo era quien manejaba la esclusa. Antes había trabajado durante años como lanchero en el Támesis manejando una barcaza de las que se utilizaban para trasladar la carga desde los barcos hasta el muelle, pero mi abuela deseaba vivir fuera de la ciudad y, como los dos querían estar cerca del agua, terminó aceptando el trabajo en la esclusa. No había quien lo mantuviera alejado del río, aun cuando ya debería haberse jubilado.

—¿Y tu abuela? ¿Ella era londinense?

Maisie negó con la cabeza.

—No, no, ella estaba hecha de otra pasta. —Alcanzó una hoja de papel y cambió de tema—. El caso es que después de esta época un poco más tranquila, me alegro de que tengamos trabajo a la vista.

BILLY Y SU familia se marcharon de Londres ese mismo fin de semana a bordo de uno de los «trenes del Lúpulo». Billy había conseguido cambiar su puesto con otro temporero y su familia, y, tras un rápido intercambio de postales y telegramas entre los hombres y los agricultores, los Beale se encontraban cómodamente instalados en una caseta de una de las habitaciones en la granja Dickon. Por su parte, Maisie se dispuso a estudiar el caso con más detalle.

Las notas de James Compton incluían el mapa de la hacienda, un terreno de una extensión importante situada en mitad de una zona de verdes prados y bosques conocida como el Weald de Kent. Heronsdene colindaba con la hacienda por el sur, donde el

pueblo pegaba con el perímetro de la granja Dickon, que Tom Dickon había heredado de su padre, y este del suyo. Y así desde hacía varias generaciones. Gracias al contrato de carácter prácticamente perpetuo, el agricultor consideraba la tierra como si fuera suya y la mantenía dentro de la familia.

El ladrillar estaba en la parte este de la granja y, tal como había dicho James, funcionaba bien. En la carpeta había más información sobre Alfred Sandermere y también una fotografía. «No muy favorecedora», pensó Maisie mientras evaluaba al hombre, de unos treinta o treinta y un años. Le pareció bastante corriente, aunque no se detuvo en los ojos, que tenía entornados y enmarcados por unas cejas gruesas, y el pelo peinado hacia atrás con una exagerada cantidad de cera fijadora a juzgar por el desafortunado brillo que mostraba la fotografía. Sonreía al mostrar los dientes a la cámara, y Maisie se fijó en que sostenía un puro a medio fumar en la mano. «Nada inusual.» Sin embargo, se le antojó indecoroso, y había algo en su aire desgarrado que sugería arrogancia y cinismo. Sabía que tendría que conocer a Sandermere en algún momento y no tenía ninguna gana de que ese intercambio llegara.

Había también una lista bastante larga de los delitos cometidos en la zona en los tres últimos años, sobre todo delitos contra la propiedad. Ventanas rotas en el ladrillar, robo de herramientas, un incendio en las cuadras; por fortuna, no habían tenido que lamentar víctimas entre los caballos ni entre los mozos. Maisie se fijó en que algunos de los incidentes habían tenido lugar a mediados de septiembre de cada año, época en la que la población aumentaba con la presencia de los temporeros llegados de Londres, y también una pequeña cantidad de gitanos. Claro que eso no significaba nada. Como el propio James había observado, los visitantes eran un chivo expiatorio de lo más oportuno para los vecinos que delinquían.

Había una relación más breve de pequeños incendios ocurridos en el pueblo, también en septiembre. No parecía que se hubieran registrado quejas de los lugareños ni indicación alguna



sobre el origen de tales fuegos. «A lo mejor es solo una coincidencia, señorita» había comentado Billy. Pero justo a continuación ambos habían dicho al unísono: «Las coincidencias son mensajes enviados por la verdad».

Las palabras del mentor y antiguo jefe de Maisie, el destacado psicólogo, filósofo y experto en ciencias forenses, el doctor Maurice Blanche, salían a relucir con frecuencia, aunque el feo desgarrón que había sufrido la relación entre ambos no estaba, ni muchos menos, reparado, pese a las breves conversaciones que mantenían de vez en cuando. La desavenencia se había producido un año antes, en Francia, cuando Maisie comprendió hasta dónde habían llegado las actividades encubiertas de Maurice durante la guerra. El secretismo de este unido a su aparente intromisión en un caso en el que estaba trabajando Maisie le demostraron que su maestro no confiaba en ella, lo que desembocó en una agria discusión. Maisie había sufrido una especie de crisis nerviosa durante su visita a Francia, un profundo malestar producido por una neurosis de guerra a la que no le había prestado atención. Pese a que la profunda desavenencia entre Maurice y ella la había empujado a ser más independiente y amoldar su negocio a lo que ella quería que fuera, a veces echaba de menos sus consejos. Pero lo ocurrido el año anterior seguía sin resolver.

Maisie escribió la palabra «incendio» en el mapa del caso. Había algo en los incendios, por pequeños que fueran, que hacía que resultaran más perturbadores que cualquier otro delito de calibre similar. Una cerilla que se tira sin pensar sobre la yesca puede convertirse en un fuego voraz, y unas chispas pueden terminar envolviendo una mansión entera si no se controlan. Y los fuegos que se provocan por el mero hecho de hacer daño apelan a lo más hondo del miedo individual y colectivo, porque ¿acaso no es en el fuego donde habita el diablo?

Por si tuviera poco con la pequeña pero creciente inquietud que le producía el caso, Maisie se preguntaba por qué James Compton le había encargado la investigación. ¿Habría sido su

madre, lady Rowan Compton, que en otro tiempo había apoyado y financiado su educación, la que le había sugerido que contactara con ella para investigar los problemas que presentaba la última operación inmobiliaria de su hijo? Extremadamente independiente, Maisie sentía desde hacía tiempo que el mecenazgo de la antigua sufragista la alentaba e incomodaba a la vez. La diferencia de posición social de ambas influía, como es natural, en esos sentimientos, aunque a muchas personas les costaba trabajo ubicarla cuando se referían a ella, puesto que les parecía más la hija de un clérigo que la de un vendedor de frutas y verduras ambulante de Lambeth. Pero Frankie Dobbs ya no vendía verduras en una carreta tirada por un caballo, sino que vivía en Chelstone desde la guerra. Cuando llamaron a filas a los mozos de cuadras de lady Rowan, esta lo contrató para que se ocupara de sus caballos y a ello se dedicaba todavía, y seguía viviendo con la casita que iba unida al puesto.

Maisie decidió sencillamente seguir trabajando en vez de preocuparse por cómo le había llegado el encargo. Continuó con sus notas hasta que el teléfono negro que tenía sobre la mesa empezó a sonar. Al principio se quedó mirándolo sin responder, preguntándose quién podría ser. Después de todo, la mayoría de la gente seguía utilizando las cartas, las tarjetas postales y los telegramas para informar o pedir cualquier cosa. Al final alcanzó el auricular.

—Fitzroy cinco...

—Por el amor de Dios, Maisie, no hace falta que me recites el número entero que acabo de marcar.

—¡Priscilla! ¿Dónde estás? —Maisie se levantó para hablar con su vieja amiga.

—En Londres, después de instalar por fin, y uso la palabra un poco a la ligera, a mis tres demonios en su nuevo colegio. Lo hemos pensado largo y tendido, Maisie, y seguimos preguntándonos si hemos hecho lo correcto. Estaban asilvestrados en Biarritz. Y necesitan un poco de disciplina, o vete tú a saber en la clase de hombres que se convertirán. Y después de una larga

reunión con el director, porque el mayor ya se ha metido en una pelea por defender a su hermano, te aseguro que lo que necesito es un buen *gin-tonic*. ¿Me acompañas? Estoy en el Dorchester.

—¿El Dorchester?

—Sí, es mi última ocurrencia: probar un hotel nuevo cada vez que venga. Este lleva abierto seis meses y es verdaderamente espectacular: con teléfono en las habitaciones y todo. Lo mismo pongo fin a mi búsqueda después de este. Estoy disfrutando mucho, un broche perfecto para un día en el que he tenido que dar algún que otro coscorrón. No literal, ya sabes, aunque si llego a poder estar cinco minutos con ellos a solas...

Maisie consultó la hora.

—Llegaré lo antes posible. Tengo que terminar un par de cosas en la oficina y después necesito pasar por casa a cambiarme. ¿Nos vemos a las seis y media?

—Perfecto. Mientras tú haces todo eso yo voy a darme un baño caliente a ver si se me pasan las ganas de beberme un buen trago de ginebra.

—Hasta entonces.

Maisie se dio prisa en terminar lo que estaba haciendo, y se disponía a salir de la oficina cuando llegó una postal por correo especial. Era de Billy.

Querida señorita:

Tiene que venir a la granja. Es urgente.

La llamo el martes desde una cabina que hay aquí cerca, en carretera. A las ocho.

Billy

Maisie sacudió la tarjeta contra la palma de la mano izquierda. «Hoy es martes.» Miró el reloj. Una hora más o menos con Priscilla le daría tiempo suficiente para ponerse al día y volver a la oficina para hablar con Billy. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no le habría enviado aquella nota si la situación no fuera urgente. Y, según el mapa que le había

proporcionado James Compton, había un buen paseo hasta la cabina de teléfonos desde la granja, que estaba más cerca del siguiente pueblo, por lo que no podía describirse como «aquí cerca». De hecho, le supondría una buena excursión después de un largo día de trabajo.

SIEMPRE QUE MAISIE quedaba en alguna parte con Priscilla, lo único que tenía que hacer era buscar un corrillo de personas para localizarla. No era que su amiga incitara a conversar, ni siquiera hacía falta que conociera a nadie, pero ocurría que las personas gravitaban hacia ella, se situaban cerca mientras charlaban o esperaban a alguien. Y aquella noche no fue una excepción. Priscilla estaba sentada en un taburete en la barra tomando un cóctel con un puñado de huéspedes pululando a su alrededor, mirándola de soslayo de vez en cuando.

Vestía un conjunto de noche más apropiado posiblemente para una cena en la terraza de su casa en Francia. La túnica de color crema con un fajín ancho ciñéndole las caderas atraía la atención hacia la piel bronceada que se había puesto de moda, y los pantalones de seda con vuelta de color azul marino acentuaban su esbelta figura. Llevaba unos zapatos de fina piel del mismo color, y un pañuelo blanco y largo con un vivo azul marino alrededor del cuello. Aunque el clima de finales de verano permitía vestir prendas más ligeras, Priscilla era la única huésped que no desentonaría a bordo de un barco en climas tropicales.

—Dios mío, Maisie, querida, pareces una imagen navideña. Creo que no te había visto nunca vestida de color, a menos que fuera algo mío e insistiera en que te lo pusieras. ¿Un vestido rojo? He de decir que te favorece. —Era efusiva en sus muestras de afecto hacia Maisie, a quien quería mucho, y que la quería de igual modo, aunque ese cariño no le impedía dar consejos que nadie le había pedido—. Lo único que te falta es un sombrero negro con una banda roja, unos zapatos rojos atrevidos y, si yo

fuera tú, un cinturón negro que te realce la cintura. La cintura marcada vuelve, Maisie, a pesar de lo que se ve por ahí.

Maisie puso los ojos en blanco.

—A mí me gusta así, Pris. Qué alegría verte. No intentes organizarme el armario, por favor.

—¿Qué armario? No sé cómo te las apañas con tan pocas prendas. Por cierto, ¿la has teñido tú?

Maisie se sonrojó.

—Francamente, no podía justificar la compra de un vestido nuevo, así que, sí, he teñido uno viejo. He aprendido a teñir.

—Mmm, me parecía que ya había visto ese corte. Te ha quedado bien, ¿sabes?

Un camarero se les acercó y Maisie se decantó por un jerez, mientras que Priscilla pedía otro *gin-tonic*.

—Cuéntame cómo están los niños. ¿En qué colegio los has matriculado? En la última carta me decías que en St. Anselm. ¿Has cambiado de opinión?

—No, no he cambiado de opinión, pero aún puedo hacerlo. Tendremos que ver cómo les va. —Bebió un sorbo y dejó la copa en la mesa baja que tenían al lado mientras negaba con la cabeza—. Tres chicos, triple problema. Los cambiaría por tres chicas ahora mismo, aunque mis padres tuvieron tres chicos y una chica, y siempre decían que yo les causaba más preocupaciones que ellos tres juntos.

Maisie sonrió. Hubo un tiempo en que Priscilla no podía hablar de sus hermanos, porque perdió a los tres en la guerra. Su amiga, al igual que ella, también había servido en la guerra, pero conduciendo una ambulancia. Aquello, unido a la pérdida, la había marcado durante años.

—Como ya sabes, tanto Douglas como yo hemos estado dándole largas al asunto de la educación de los niños. Han sido muy felices en Biarritz, ya lo viste; al colegio por la mañana y a la playa por la tarde. Han vivido toda clase de aventuras en total libertad. Saben comportarse y ser unos perfectos caballeros, por supuesto, pero cualquier don en el área académica o

intelectual que puedan albergar permanece oculto, te lo aseguro. —Cogió la copa e hizo girar el solitario cubito de hielo en el líquido frío sin llevársela a los labios—. Parte de mí quería que tuvieran la formación y la educación que tuvieron mis hermanos. Ya sabes, ese mundo de peleas de hombrecitos, volviendo a la casa del campo los fines de semana y llevando amigos allí para celebrar grandes meriendas a la antigua usanza a base de tostadas con mermelada y té con leche, que era más leche con azúcar que otra cosa. Pero después del desastre de la semana pasada...

—¿Qué pasó?

Priscilla suspiró.

—Pasa que son los chicos nuevos del colegio. Además, aunque vivan con sus padres ingleses y una niñera escocesa (sí, Elinor sigue viviendo con nosotros, aunque ahora mismo está en Brecon con su familia), hablan con acento casi francés y suelen hablar en ese idioma entre ellos para contarse secretos, como si tuvieran un club propio y exclusivo. No hace falta que te diga que eso no les ha gustado mucho a los demás chicos y se meten bastante con ellos. —Se detuvo y bebió un sorbo—. Admito que aprender a navegar en aguas hostiles puede fortalecer la personalidad. Sin embargo, todo tiene un límite. Estaban dándole una paliza a Tarquin Patrick después de sacar las mejores notas en clase de conversación en francés. Lo empujaron, él no hizo caso, volvieron a empujarlo, seguía sin hacer caso, y otra vez, aunque ahí ya sí respondió poniéndole el ojo morado al otro chico. Su gancho de izquierdas se lo debe a las enseñanzas a escondidas por parte del ex de Elinor, un estibador vasco y púgil en sus ratos libres. Tres de los matones se le echaron encima, llamándolo gabacho de mierda y franchute cobarde cuando llegó Timothy Peter, que es igual de habilidoso en el área pugilística gracias al amigo vasco de Elinor. Por un lado, y menos mal, es una suerte tener hermanos mayores cuando te están dando una paliza, pero por otro, han mandado a tres chicos a la enfermería, uno de ellos con la nariz rota.

Maisie asintió con la cabeza. Había conocido a los chicos y siempre la conmovía oír a Priscilla referirse a sus hijos por su nombre compuesto, ya que le había puesto a cada uno el nombre de uno de sus hermanos. Pero parecía alarmada ante la naturaleza de sus hazañas.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no estoy segura. Douglas está ahora mismo cerrando la villa, pero volverá a Evernden Place en cuanto pueda. Hemos abierto la antigua casa de mis padres. Me emocionaba mucho imaginar a los chicos correteando por los campos verdes, construyendo fuertes en los árboles y viviendo el mismo tipo de aventuras en las que nos embarcábamos mis hermanos y yo, pero esto me ha caído como un jarro de agua fría, y el panorama no me parece tan halagüeño. ¿Cómo pueden ser tan crueles unos niños?

—La gente suele sentirse amenazada ante aquello que no conoce, Priscilla, y los niños no son una excepción. Como tú misma has dicho, son hombrecitos. El hecho de que Tarquin no se defendiera al primer empujón, que era la reacción que los otros esperaban, encendió los ánimos. A ver, es posible que los acontecimientos posteriores hayan elevado la posición de tus hijos. Siento decirlo, pero los puñetazos conforman un camino universalmente aceptado hacia el poder en las aulas.

Maisie era consciente de que carecía de experiencia en el campo de la crianza de los hijos, por lo que sus comentarios respondían al hecho de que comprendía bien lo que era ser diferente, que te trataran con suspicacia y te mirasen con inquietud, tanto por su trabajo como por el ambiente en el que se había criado.

Priscilla la miró de nuevo.

—La verdad es que, aprovechando que estoy lanzada, hay otra cosa de la que quería hablar contigo, que no tiene nada que ver con los chicos. En realidad, tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? ¿De qué quieres hablar conmigo?

Maisie notó el cambio de actitud de su amiga, la forma en que cuadró los hombros y se reclinó levemente hacia atrás, como si

estuviera preparándose para darle una mala noticia y quisiera apartarse un poco para no recibir el golpe.

—He llamado a varias amistades antes de bajar. Una de esas amistades era Margaret Lynch.

Maisie apretó los labios y se dio cuenta de que estaba imitando la postura de su amiga. «Sí, Priscilla tenía que reunir fuerzas para sacar el tema, las mismas que necesito yo para oír lo que tenga que decirme», pensó Maisie. La honorable Margaret Lynch era la madre de su amado Simon, que vivía en una residencia especial en Richmond desde la guerra. Tras el bombardeo que sufrió la Estación de Evacuación de Heridos en la que trabajaban juntos, su mente había quedado reducida a una concha hueca. Maisie también había resultado herida, aunque el pelo le ocultaba una de las cicatrices que le habían quedado. Las otras, si bien ya no estaban amoratadas ni le dolían, permanecían encerradas en su alma.

—¿La señora Lynch?

—Quiere verte. Has conseguido evitar cruzarte con ella todos estos años, y lo mismo ella contigo. A las dos os costaba demasiado, ¿verdad? Pero creo que es por su edad y...

—¿Y qué?

—Simon está apagándose. Sabe Dios qué lo habrá mantenido con vida desde la guerra. Pero los médicos han empezado a notar cambios por primera vez en todo este tiempo y creen que es solo cuestión de tiempo.

—Oh... Yo... Priscilla, estuve con él hace dos semanas. Nada había cambiado. Me fijé en él detenidamente. He sido enfermera, no vi nada que sugiriese...

—Han pasado dos semanas desde entonces. —Alargó las manos y tomó las de su amiga—. Sé que me consideras una persona atolondrada, Maisie, pero escucha lo que voy a decirte. No puedes seguir aferrándote a él para siempre. Sí, sé que estuviste mucho tiempo sin ir a verlo; Margaret lo entiende muy bien, pero llevas dos años acudiendo religiosamente a la residencia a ver a un hombre que no te reconoce y con quien no puedes



mantener una conversación. Un hombre que no está vivo, que solo respira y come, nada más. —Le acariciaba las manos mientras hablaba—. Ve a ver a Margaret, y no tardes mucho, Maisie. No tiene mala opinión de ti, ¿sabes? Admito que por lo general tú eres la inteligente y la que entiende lo que piensa la gente, pero yo también sé sentir algo de empatía. Necesita saber que alguien quiere a su hijo tanto como ella misma. Tú fuiste la última persona que habló con él antes de que la guerra nos lo arrebatara, eres el punto de conexión entre el Simon de entonces y el de ahora. El mero hecho de estar en contacto contigo la ayudará, os ayudará a las dos, a sobrellevar el fallecimiento.

—¿El fallecimiento? Priscilla, yo...

—Maisie. Mírame. Se está muriendo. No hay manera suave de decir esto. Simon se muere. Su padre está muerto. Su madre está sola. Eres la única persona aparte de ella que va a verlo, y llevas enamorada de él desde la noche que os conocisteis, aunque hayas salido con otros hombres. Y, por mucho que hubiera querido algo mejor... —Priscilla cerró los ojos un segundo y empezó a disculparse—. Ay, Dios, no quería decir eso, Maisie. Ha sonado muy mal, lo sé. Lo que quería decir es que...

Pero Maisie ya se había levantado y mantenía una postura que parecía más audaz por el vestido rojo y los ojos con los que miraba a Priscilla, que seguía sentada.

—Me aceptó en su casa porque estábamos en guerra. Fue amable, cortés, pero no creas que no sabía bien que, en cualquier otro momento, mis orígenes habrían sido un tema de discusión en la familia. ¿Qué hubiera pasado al terminar la guerra, Priscilla? ¿Eh? Jamás pude aceptar la proposición de Simon porque no veía un futuro para los dos. —Tomó aire antes de continuar—. No solo porque en el fondo de mi alma sabía que iba a ocurrir algo terrible, sino porque percibía la disconformidad de esa mujer, aunque sus palabras mostraran aceptación. —Recogió el abrigo y añadió—: Escribiré a la señora Lynch, Priscilla. También iré a la residencia en cuanto pueda. Pero no me hago falsas ilusiones sobre lo que se dijo de mí a mis espaldas hace años.

Se dio media vuelta y abandonó el hotel. Priscilla pidió otro cóctel y se puso la copa fría en la sien mientras se mordía el labio deseando no haber dicho nada. No era propio de Maisie dar muestras de mal carácter ni revelar ninguna emoción. Pensó en el arrebató de su amiga y se le ocurrió que tal vez no fuera malo, aunque confiaba en que se reconciliaran pronto. «Está claro que he tocado una fibra sensible», se dijo para sí mientras dejaba la copa en la mesa. Recogió su cartera de mano y subió a su habitación.

Más tarde, con una bata larga de seda, se sentó junto a la ventana que daba a Park Lane, y pensó que debería haber comprendido que algo había cambiado. Ese vestido rojo lo decía todo. Y otra cosa. Cuando Maisie le había dicho que no veía un futuro para ellos, que sabía que algo terrible iba a ocurrir, había levantado la mano, pero no se había tocado el ojo, que era el acto reflejo que cualquiera hubiera esperado. Maisie se había tocado el centro de la frente.

DE REGRESO EN la oficina, Maisie lanzó el abrigo sobre la mesa, agarró uno de los cojines del sillón, se subió el vestido por encima de las rodillas y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. «Relájate, relájate, relájate...» Repitió el mantra una y otra vez. Estaba horrorizada consigo misma, disgustada por el arrebató que había tenido. Tal vez elevara el tono de voz a veces cuando hablaba sobre su trabajo, y luego estaba la discusión que había tenido con Maurice el año anterior, cómo olvidarlo, pero nunca, jamás, se había tomado un comentario tan a pecho. Era evidente que Priscilla no pretendía insultarla. La confianza de su amiga en la amistad que mantenían le permitía hablar con franqueza, aunque se había dado cuenta de su error y se había disculpado de inmediato. «¿Por qué me ha afectado tanto?», se preguntó mientras inspiraba hondo, decidida a recuperar la compostura antes de hablar con Billy.

El teléfono sonó en ese mismo instante, como si su ayudante hubiera estado esperando su turno. Maisie se levantó, se sacudió el vestido y alcanzó el auricular.

—¿Billy?

—¿Es usted, señorita? —preguntó Billy a través de las interferencias de la línea.

—Pues claro que soy yo.

—Perdone, es que como no ha dicho el número al contestar... Me ha pillado por sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría poder contárselo todo, pero menuda la que se ha armado, y como esto siga así...

—¿Como siga así el qué?

—Dos muchachos de Shoreditch, dos temporeros, los han trincado por robo y vandalismo en la casa grande de la hacienda. Dicen que estaban fuera de la verja tratando de subirse a los castaños de Indias a por castañas, pero como había ventanas rotas y faltaban unos objetos de plata, se los han llevado detenidos. Todos los temporeros londinenses han puesto el grito en el cielo. El señor Dickon solo quiere que se recoja el lúpulo, y todos creen que los culpables han sido esos malditos gitanos, lo cual no nos pone las cosas fáciles a Doreen y a mí.

—No te sigo.

—No llevábamos ni cinco minutos aquí cuando Doreen se cruzó con una gitana que iba con una niña muy pequeñita, como nuestra Lizzie, por no mencionar que tenía el mismo pelo negro y rizado. Así que, aunque Doreen no entiende casi nada de lo que dice la mujer, se para a hablar con ella cuando van a por agua a la fuente y le sujeta a la niña en brazos. Baljisí, se llama; ¿qué clase de nombre es ese? El caso es que les ha caído bien a los gitanos. No tiene nada de malo, pero ahora los de mi propia raza nos llaman gitanos.

—*Baljisí* significa «hermosa». Es una especie de jerga, la palabra se ha ido deformando a lo largo de los años.

—¿Cómo sabe usted eso, señorita?

—Ya lo había oído antes. ¿Qué más ha ocurrido?

—Los lugareños son gente rara, sin duda. Conozco bien ese tipo de cosas, pero esta gente es harina de otro costal. Los del pueblo que vienen a la recogida dicen que no han visto nada, pero nos señalan a nosotros, al mismo tiempo que dicen que no quieren a esos sucios vagabundos en su granja.

—Menudo follón tienen montado. Y el malestar entre tribus rivales no ayuda mucho que digamos.

—Cualquiera diría que ya lo habíamos superado cuando se fueron los vikingos —dijo Billy y calló un momento—. Y es peor de lo que imagina, señorita. A esos chicos podría caerles un año o más de cárcel. Ese tal Sandermere está pidiendo la pena máxima, para dar ejemplo, según dice. Y también ha dicho que han recibido amenazas, de manera que la policía anda dando vueltas por aquí todo el tiempo. Creo que debería venir, señorita. No hay nadie aquí que vele por esos chicos. Son muy jóvenes, demasiado para soportar la cárcel. Usted puede hablar con los abogados y con la policía, ayudarlos en su defensa, y además es londinense. Confiarán en usted.

Maisie suspiró. Esperaba que el encargo de James Compton fuera más fácil, pero por lo que se veía las complicaciones habían empezado antes de que se hubiera secado la tinta del contrato. Meditó sobre el hecho de que, en su trabajo, los casos que al principio parecían más sencillos solían ser todo lo contrario.

—Está bien. Iré en el coche directamente hacia la granja mañana por la mañana. Puedo quedarme con mi padre en Chelstone unas cuantas noches, está a solo tres cuartos de hora de Heronsdene.

Colgaron. Maisie depositó el auricular en su sitio y volvió a sentarse sobre el cojín. Decidió que antes de salir de Londres al día siguiente por la mañana, pasaría por el hotel y le dejaría una nota a Priscilla en la recepción para disculparse por su arrebato. Y también escribiría a Margaret Lynch, aunque tendría cuidado al redactar el texto. Hechos los planes, cerró los ojos y se le apareció su abuela en la mente, igual que mientras hablaba con Billy.

Se acordó de su madre riéndose mientras su padre la sacaba de la carreta tirada por un caballo en la que habían ido desde la estación de tren hasta la casa que tenían sus abuelos junto a la esclusa del canal. Su abuela llevaba el pelo canoso, en otro tiempo tan negro como el suyo o el de su madre, recogido en una larga trenza. Y aunque vestía ropas muy similares a las de otras mujeres de la época, se ponía aros de oro en las orejas y se llenaba los dedos de anillos que Maisie buscaba en cuanto su abuela la cogía en brazos, siempre repitiendo lo mismo: «Ay, mi pequeña *baljisí*, ven a ver a la vieja tía».